Economía Anarquista

una visión global

Deric Shannon, Anthony J. Nocella II
y John Asimakopoulous

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

Lmentales

Deric Shannon, Anthony J. Nocella II
y John Asimakopoulos

ECONOMÍA ANARQUISTA
UNA VISIÓN GLOBAL

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

Economía anarquista, una visión global
Deric Shannon, Anthony J. Nocella II y John Asimakopoulos
La Neurosis o Las Barricadas Ed.
Madrid
2015

http://www.laneurosis.net/
info@laneurosis.net

La presente edición pretende difundir de forma monográfica este texto, cuyo título original es *Anarchist Economics. A Holistic View*, que sirvió de prefacio a la obra *The accumulation of freedom*, recopilación editada por AK Press en 2008 (Oakland, EE.UU.).

Se recomienda encarecidamente la reproducción o copia de cualquier parte o la totalidad de este libro que tienes entre tus manos siempre que sea sin fines comerciales.

Índice

Economía Anarquista una visión global.....7
Anarquismo y economía.....10
Capitalismo y crítica anarquista.....20
Economía anarquista.....40
Mutualismo.....45
Colectivismo.....48
Comunismo anarquista.....52
Otras características singulares.....57
A modo de epílogo.....59

ECONOMÍA ANARQUISTA
UNA VISIÓN GLOBAL[1]

En una discusión en un foro en Internet titulada *economía anarquista*, una entrada reciente comentaba: «¿Economía anarquista? ¡Vaya, eso es un oxímoron!». Después de una larga discusión, quedó claro que esta persona, un veterano anarquista, sostenía su razonamiento sobre la base de que *economía* equivale a capitalismo. Aunque esto puede ser cierto en las típicas clases universitarias de economía, hay una larga historia de análisis económicos, modelos y prácticas que se han construido a partir de principios anticapitalistas.

Mientras tanto, para muchos, que no son ni siquiera radicales, el capitalismo parece estar en sus últimos estertores o, al menos, se muestra como una manera poco deseable de organización humana.[2] Cientos de miles de millones de

1. Hay que agradecer a Nate Hawthorne, Gayge Operaista y Zach Blue sus útiles comentarios a este escrito.

2. Una encuesta reciente de Rasmussen encontró que solo el 53% de los norteamericanos preferían el capitalismo frente al socialismo, descendiendo con respecto a un año y medio antes cuando era el 70%

dólares públicos se han gastado en rescatar enormes negocios privados en quiebra. Y mientras las corporaciones son rescatadas para escapar de sus problemas, del modo capitalista típico, los trabajadores pagan las consecuencias de los problemas económicos (además de ser día a día despojados de sus derechos, aplastados con impuestos, para luego dar nuestro dinero de vuelta a los grupos comerciales y a la gente que ya es rica y poderosa). Hemos visto la imposición de la *austeridad* para los trabajadores en forma de recortes en educación, servicios sociales y despidos masivos, mientras el mundo de los ricos disfruta de cada vez mayores y mayores márgenes de beneficios.[3] Alguno de los economistas

---

quienes preferían el capitalismo. Aunque dejar sin definir los conceptos de capitalismo y socialismo es problemático en este tipo de encuestas, especialmente en una época de *acoso al rojo* al estilo de Glenn Beck, esta pérdida de fe de los norteamericanos en los fundamentos del capitalismo nos habla de que buena parte de la población podría estar abierta a alternativas, dado que estamos ampliamente deseosos de esbozarlas. Rasmussen ve que «solo el 53% dice que el capitalismo es mejor que el socialismo».
http://www.rasmussenreports.com/public_content/politics/general_politics/april_2009/just_53_say_capitalism_better_than_socialism (Visto el 10 de octubre de 2010).

3. Jill Treanor, «World's Wealthiest People Now Richer Than Before the Credit Crunch», *The Guardian*, http://www.guardian.co.uk/business/2011/jun/22/worlds-wealthiest-people-now-richer-than-

más importantes incluso ha sugerido que el actual tumulto económico es peor que la Gran Depresión.[4] El hambre va en aumento, la gente está perdiendo sus casas, los trabajos están desapareciendo: el capitalismo está, una vez más, en crisis.

Además de esta depresión económica, vemos evidencias de posibles consecuencias catastróficas si continuamos expoliando y destrozando el medio natural no humano y lo tratamos únicamente como un conjunto de *recursos* para el uso humano —otro grupo más de bienes para el comercio bajo el capitalismo—. Diversas formas de opresión y de relaciones de dominación no concretadas, que encierran aspectos de género y sexualidad —y más generalmente de *identidad*— son aún elementos relevantes del modo en que nos organizamos socialmente, pues están instaladas en nuestras instituciones, incluyendo nuestra economía. Nuestro modo de vida, en muchos sentidos, es insostenible.

Es este contexto en el que sería deseable interpretar los escritos contemporáneos de economía anarquista, desde una lógica histórica que engloba la crítica al actual estado de

---

before-the-credit-crunch/print (Visto el 2 de septiembre de 2001).

4. Eileen A. J. Connelly, «Paul Volcker: Economic Crisis May Be Worse Than Great Depression», *Huffington Post*, http://www.huffingtonpost.com/2009/02/20/paul-volcker-financial-cr_n_168772.html (Visto el 10 de octubre de 2010).

la cuestión y las visiones de futuros y presentes radicalmente diferentes. No obstante, la red de interconexiones de la *economía* con el capitalismo y los mercados justifican dedicar un pequeño esfuerzo a la definición de ciertos conceptos. Igualmente, aunque el anarquismo es una práctica *prefigurativa* —una política que busca establecer los fundamentos de una futura sociedad en el presente— una economía auténticamente *anarquista*, pensamos, tendrá algunos rasgos no *prefigurables*.

Anarquismo y economía

Así pues, si *economía* no es sinónimo de *capitalismo* y *mercados*, ¿qué es entonces? ¿Por qué los anarquistas deberían preocuparse por la economía?

El diccionario colegiado Merriam Webster's define economía como «una ciencia social preocupada principalmente por la descripción y el análisis de la producción, distribución y consumo de bienes y servicios». Por lo general, como señalan los discursos históricamente más aceptados, la economía como ciencia social surgió con Adam Smith y su obra *La riqueza de las naciones* y fue más ampliamente desarrollada por las apreciaciones de Thomas Malthus y John Stuart Mill. Estos famosos autores vinculados a la economía clásica son quizá más conocidos por ser los que propusie-

ron la propiedad privada de los medios de producción y por teorizar que los mercados tienden a la estabilidad (el mejor ejemplo de ello es el famoso concepto de Smith de la *mano invisible* —que conlleva la asunción de que los mercados son el más eficiente método para el reparto de los recursos—). Dichos discursos advierten sobre cómo más adelante llegó Karl Marx para desafiar las presuposiciones de la política económica y criticar las relaciones capitalistas de la propiedad, las teorías del valor y los mercados. Y, actualmente, la ciencia económica está normalmente dividida entre los diferentes análisis y modelos capitalistas y los análisis y modelos *marxianos*.

Hay un par de problemas en estas explicaciones históricas. Primero, como en la mayoría de las explicaciones históricas de los orígenes de las diversas ciencias sociales, se localiza el *origen* de la economía en la época postilustrada de la historia europea y se ignoran las contribuciones de las gentes de periodos históricos y localizaciones geográficas no occidentales, tales como el profesor indio nativo Chanakya o el famoso predecesor norteafricano de la sociología Ibn Khaldun. En segundo lugar, efectivamente se reducen las perspectivas críticas del capitalismo al marxismo, aportando un marco restringido para las perspectivas anticapitalistas. Esto puede ser reflejo del equilibrio de fuerzas en nuestra

sociedad en los últimos tiempos, ya que esas explicaciones suelen ser aportaciones realizadas por los eruditos occidentales y el marxismo (o, más concretamente, *marxismo* entendido como el interpretado y practicado por Lenin y sus seguidores), que fue la ideología que venció en las revoluciones anticapitalistas del siglo XX en Rusia y China. Esta narrativa común invisibiliza las contribuciones anarquistas al pensamiento económico.

No queremos sugerir, sin embargo, que exista una relación fácil entre el anarquismo y la economía como tal. El anarquismo, después de todo, no tiene una crítica restringida del capitalismo ya que propone una interpretación en la que «la guerra contra el capitalismo debe ser al mismo tiempo una guerra contra todas las instituciones del poder político», reconociendo que «la explotación ha ido siempre mano a mano con la opresión política y social».[5] Para los anarquistas, entonces, la *economía* abstraída del resto de la vida social constituye un error en términos teóricos. De hecho, la vida económica se entrelaza con los demás aspectos

5. (N. del Ed.) Cuando existan ediciones en español de las referencias aportadas por los autores las pondremos en paréntesis junto a la original, como hacemos en este caso: Rudolf Rocker, *Anarcho-Syndicalism: Theory and Practice*, AK Press, Oackland, 2004, p. 11. (*Anarcosindicalismo. Teoría y práctica*, FAL, Madrid, 2007).

de la vida social, incluidas las otras formas de dominación social, así pues, en los textos anarquistas sobre economía se pueden encontrar diversos intentos por poner al descubierto esas conexiones, llevando la *economía* más allá de la mera producción, distribución y consumo.

Existe además un problema con el tipo de especialización del conocimiento que palabras como «ciencia» suelen sugerir. Normalmente, la ciencia parece sugerir especialistas y expertos, reflejando la jerárquica y competitiva producción del conocimiento en el mundo académico bajo el capitalismo. El resto de la sociedad asume acudir a estos *expertos* para sus análisis y para conocer la mejor forma de progresar. Pero los anarquistas siempre han hecho hincapié en que las personas pueden hacerse cargo de sus propios asuntos sin la necesidad de expertos o burócratas. La mayoría de estos anarquistas que han contribuido a la economía no han sido, de hecho, trabajadores académicos y han ofrecido propuestas económicas que no incluyen la necesidad de expertos que dirijan al resto de personas.

No olvidemos que la asunción de la economía como ciencia social, la visión del trabajo y la producción ligados a los lugares de trabajo como esferas separadas de la vida y la economía como un mero medio de intercambio son considerados un anatema para algunas escuelas de pensamiento

anarquista. Algunos anarquistas exigen explícitamente terminar con la economía,[6] la abolición del trabajo[7] y el libre consumo que eliminarían el valor de cambio y todas las relaciones que emanan de él. Si definimos *economía* y *económico* de esa manera, incluyendo la suposición de la inevitabilidad de las relaciones de intercambio y del acceso a la producción social a través del trabajo, se podría sugerir que algunos esfuerzos del anarquismo están promoviendo algo completamente distinto de lo *económico*. No obstante, los anarquistas han contribuido al pensamiento económico, a pesar de las narraciones históricas que los excluyen —limitando el relato al capitalismo y a sus oponentes marxianos— y sería deseable remediar esto a pesar de estas diferencias.

De hecho, como ala libertaria del movimiento socialista, el anarquismo jugó un papel clave en el desarrollo de análisis económicos, prácticas y visiones de una sociedad futura que fuese anticapitalista y no marxista. Las contribuciones de Proudhon en este sentido son particularmente sobresalientes, ya que fue contemporáneo de Marx e influyó en su pensamiento (anticipando muchos de los argumentos

6. Ver, por ejemplo, Alfredo Bonanno, «Destruyamos el trabajo», *Ekintza Zuzena*, nº 17 (1993), Bilbao.

7. Ver, por ejemplo, Bob Black, *La abolición del trabajo*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2013.

marxistas antes de que fuesen aparentemente *inventados* por Marx).[8] Proudhon abogaba por una propuesta anticapitalista y anarquista denominada *mutualismo*, una forma de mercado del socialismo: una estrategia fuera del capitalismo y, al mismo tiempo, un esquema general al que una sociedad postcapitalista debería parecerse.

Igualmente, Bakunin, el más radical oponente de Marx en la Primera Internacional, contribuyó enormemente a las críticas socialistas y a los análisis del capitalismo.[9] Estas incursiones en la economía no se limitaron a este periodo, sino que continuaron con Kropotkin[10] antes de la Revolución Rusa, Santillán[11] después de la Guerra Civil Española y así hasta la época contemporánea. Y queremos enfatizar que estos principios, análisis e incursiones en el campo de las pro-

---

8. Pierre-Joseph Proudhon, *¿Qué es la propiedad?*, Ed. Júcar, Madrid, 1984.

9. Ver especialmente Mijail Bakunin, *El sistema capitalista*, http://miguelbakunin.wordpress.com/2007/12/29/el-sistema-capitalista/ (Visto el 4 de septiembre de 2011).

10. Ver especialmente Piotr Kropotkin, *The Conquest of Bread*, AK Press, Oackland, 2008 (*La conquista del pan*, La Malatesta Ed., Madrid, 2008).

11. Diego Abad de Santillán, «Después de la Revolución», http://libcom.org/book/export/html/33181 (Visto el 4 de septiembre de 2011).

puestas no se limitaron a los *grandes hombres de la Historia*, aunque representaran la teorización colectiva del ámbito del socialismo libertario: el ala antiautoritaria y antiestatal del movimiento socialista. De esta manera, comparado con el anarquismo, *marxismo* podría considerarse un nombre inapropiado, pues el término *marxismo* reduce muchas ideas diferentes, producidas colectivamente, al liderazgo de un solo *gran hombre de la Historia*, Karl Marx.

Como resultado de esta Historia, el anarquismo ha tenido una interesante (y en muchos momentos tensa) relación con el marxismo como se refleja en los textos económicos anarquistas. Algunos anarquistas rechazan cualquier asociación con el marxismo y ha habido, ciertamente, litros y litros de tinta derramada en mutuas denuncias (en algunos momentos históricos, esto también ha acarreado derramamiento de sangre, particularmente de los anarquistas a manos de los autoritarios que se identificaban con la obra de Marx). Otros han defendido una continuidad histórica entre el anarquismo y las antiautoritarias y antiestatales variantes del marxismo constituyendo un socialismo libertario —o, en algunos contextos, un *comunismo* libertario—. Sin embargo, mientras algunos han sugerido que los compromisos entre las distintas tradiciones podrían ser fructíferos,[12]

12. Para un buen ejemplo contemporáneo, ver Staughton Lynd y

esto ha sido dicho, definitivamente sin lugar a dudas, sin librarse de las críticas anarquistas.[13] Todavía uno puede ver a algunos autores en diferentes sitios usando estos términos —«socialismo libertario» o «comunismo libertario»— para describir sus posiciones, a menudo como una confluencia de varias tradiciones del anarquismo y algunas variantes del pensamiento marxiano.[14]

Las diferencias entre el pensamiento anarquista y marxista también pueden (parcialmente) explicar una ausencia del anarquismo dentro del campo de la economía. El marxismo, después de todo, tiende a estar focalizado centralmente en la economía, considerando la economía la *base* de la sociedad y construyendo sobre estos cimientos económicos el resto de las relaciones sociales. Marx lo declaró así:

> En la producción social de su existencia, los hombres [sic] inevitablemente se ven envueltos en ciertas relaciones, las cuales son independientes de sus deseos, a saber, las relaciones de

---

Andrej Grubacic, *Wobblies and Zapatistas: Conversations on Anarchism, Marxism, and Radical History*, PM Press, Oackland, 2008.

13. Anarcho, «'Synthesised' Marxism and Anarchism? My Arse!», http://anarchism.pageabode.com/anarcho/synthesised-marxism-and-anarchism-my-arse (Visto el 4 de septiembre de 2011).

14. En algunos casos este puede también indicar simplemente estar influenciado por ideas anarquistas, pero no necesariamente identificarse como anarquista por una razón o por otra.

producción adecuadas a una etapa dada del desarrollo de las fuerzas materiales de producción. La totalidad de estas relaciones de producción constituyen la estructura económica de la sociedad, la fundamentación real de esta, de la que surge una superestructura legal y política y a la que corresponden ciertas formas de consciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso general de la vida social, política e intelectual.[15]

El anarquismo, por otra parte, es una crítica de la dominación que usualmente no es reducible a la economía, ni incluso a la vida económica y política. Normalmente, cuando los anarquistas teorizan sobre otras relaciones de poder (tales como el patriarcado, el racismo, la heteronormatividad, etc.), no son «subordinadas por un análisis que se limite a una crítica del aparato estatal capitalista», sino que más bien son vistas como «dinámicas sociales que son generadas, reproducidas y representadas dentro y fuera de ese aparato».[16] Los anarquistas tienden a ver las formas de dominación presentándolas en la sociedad sin la necesidad

15. Karl Marx, «Prefacio» a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI Ed., México D. F., 2003.

16. Uri Gordon, *Anarchism and Political Theory: Contemporary Problems*,http://theanarchistlibrary.org/HTML/Uri_Gordon__Anarchism_and_Political_Theory__Contemporary_Problems.html (Visto el 4 de septiembre de 2011).

de enraizarlas en la economía. Aunque algunos anarquistas sugieren que la clase es lo *primario*,[17] la mayoría evita la clasificación que implica tales formulaciones y, en ese mismo sentido, la teoría marxista de una base económica que sirve como fundamento del resto de la existencia de las relaciones sociales.[18]

Sin embargo, como anticapitalistas, los anarquistas siempre se han ocupado de la economía. Participamos a lo largo de la historia (y continuamos participando) en revoluciones e insurrecciones dirigidas contra el capitalismo y la sociedad de clases. Intentamos personificar los valores anticapitalistas de modo que nos enfrentamos a otras personas y generalmente a nuestro mundo. Desde siempre los anarquistas han estado considerablemente preocupados por el problema del capitalismo y por cómo debemos avanzar más allá de él hacia comunidades de apoyo mutuo y cooperación; por eso es necesario empezar, en un análisis económico anar-

---

17. Lucien Van Der Walt y Michael Schmidt, *Black Flame: The Revolutionary Class Politics of Anarchism and Syndicalism*, AK Press, Oackland, 2009.

18. Debe señalarse que muchos marxistas rechazan también esta visión determinista, aunque este, ciertamente, no es el lugar para desarrollar otra interpretación de la obra de Marx.

quista, por aquello a lo que nos oponemos en la economía capitalista.

Capitalismo y crítica anarquista

El anarquismo es un conjunto diverso de ideas anticapitalistas y esta diversidad se refleja en las maneras en que los anarquistas describen y critican el capitalismo. Sin duda alguna, podremos echar en falta algunas cosas en este pequeño escrito, pero pensamos que podemos hacer amplias generalizaciones que son útiles para situar los contenidos sobre dichos temas. Pero antes, si se puede, nos gustaría ofrecer dos advertencias generales.

En primer lugar, la teoría solo puede encargarse de describir las instituciones conformadas existentes y, muy importante, los modos en que se materializan en la vida diaria. El capitalismo es un sistema resistente que, a menudo, ha cambiado sus rasgos en respuesta a la lucha de clases al igual que debido a sus propias limitaciones. Como enemigos del capitalismo, entonces, los anarquistas se han preocupado no solo de describir el capitalismo como es, sino también como *debería ser*. Nos explicamos: si queremos ir más allá del capitalismo para llegar a algo totalmente diferente, entonces necesitamos entender cómo el capitalismo puede recuperarse de luchas que, a primera vista, parece que van

a desarrollarse en contraposición a él. Esto significa intentar analizar cómo el capitalismo ha cambiado y puede cambiar para satisfacer las demandas populares y aún propiciar la continuación de la acumulación del capital a pesar de las resistencias al sistema.

En segundo lugar, es una perogrullada decir que la vida social es complicada. Posiblemente, no podemos esperar que una teoría describa completamente cómo un sistema opera involucrando y afectando a miles de millones de personas. Y no podemos, seguramente, concebir esa clase de esperanzas para un pequeño escrito introductorio como este. Sin embargo, tenemos que intentar describir de manera amplia y en términos generales los rasgos del sistema económico bajo el que vivimos —el capitalismo— y al cual los anarquistas nos oponemos.

Podemos comenzar diciendo simplemente que el capitalismo es la manera actual en la que el mundo está organizado en términos de producción, distribución y consumo. Pero, de nuevo, esto no nos lleva a las maneras en que el capitalismo se organizó históricamente, ni a las maneras en las que el capitalismo pudo reconstruirse en respuesta a los intentos de disolver las relaciones sociales que lo forman. Otra aproximación podríamos conseguirla a partir de una definición de un libro de texto. Un popular libro de texto de

sociología define al capitalismo como «una economía política caracterizada por una disposición de la producción en la cual los trabajadores cooperan para producir la riqueza, que es entonces privadamente poseída por cualquiera que hubiese empleado a los trabajadores».[19] Ciertamente esto es muy descriptivo, pero olvida algunos matices importantes (y rasgos que parecen generalizables en la sociedad capitalista).

Más bien, nosotros proponemos entender el capitalismo en términos de algunos de los principales rasgos que lo definen. Esto permite analizar el capitalismo contemporáneamente, estudiar históricamente aspectos de su desarrollo y especular sobre su futuro (si es que al final tiene alguno). También nos permite esbozar una explicación del capitalismo que tiene en cuenta los debates entre los anarquistas. Estos rasgos no debemos entender que sean exclusivos del capitalismo (de hecho, algunos puede decirse que existen en diferentes tipos de sistemas de producción y en diferentes grados) ni que se pretenda que sean eternos. Como se ha mencionado previamente, el capitalismo es un sistema resistente y es capaz de cambiar e integrar las presiones fruto de la lucha de clases. La descripción de estos rasgos también sirve para ilustrar la *crítica* anarquista al capitalismo. A par-

19. Kenneth J. Neubeck y Davita Silfen Glasberg, *Sociology: Diversity, Conflict, and Change*, McGraw-Hill, Boston, 2005.

tir de estos aspectos, proponemos entender el capitalismo en términos de trabajo asalariado/explotación, propiedad privada, mercados, sociedad de clases y Estados.

Trabajo asalariado/explotación es una de las partes constituyentes básicas del capitalismo. Para acceder al producto social, los trabajadores deben alquilarse por un salario. El valor producido bajo el capitalismo por los trabajadores, menos el salario que paga el capitalista, se lo apropia entonces ese capitalista en forma de plusvalía —este proceso es la explotación—. Algunos anarquistas se refieren a este conjunto de relaciones como «esclavismo asalariado» para señalar una continuidad histórica entre *poseer* a otra persona y lo que es, esencialmente, *emplear* a otra persona. Bakunin, en su famoso análisis del capitalismo, lo señaló de este modo:

> Y una vez que el contrato ha sido negociado, la servidumbre de los trabajadores es indudablemente aumentada; o por decirlo mejor, antes de que el contrato haya sido negociado, acuciado por el hambre, él [sic] es solo potencialmente un siervo; después de que es negociado se convierte en un siervo de hecho. Porque ¿qué mercancía ha vendido a su patrón? Su trabajo, su servicio personal, las fuerzas productivas de su cuerpo, mente y espíritu que están integradas en él y son inseparables de su persona —todo esto es por lo tanto él mismo—. De ahí en adelante, el patrón lo vigilará, bien directamente o por medio de supervisores; cada día durante sus horas de trabajo y bajo

> condiciones controladas, el patrón será el propietario de sus acciones y movimientos. Cuando se le dice: «haz esto», el trabajador está obligado a hacerlo; o si es dicho: «ven allí», él debe ir. ¿No es esto lo que se llama servidumbre?[20]

No solo se oponen los anarquistas al trabajo asalariado y la explotación porque son injustos, sino porque además son también contrarios a los intereses materiales de la clase trabajadora y crean una relación social de dominación entre el jefe y el trabajador (la cual es descrita por Bakunin tan elocuentemente arriba). De hecho, muchos anarquistas explican que la relación del trabajo asalariado es el aspecto definitorio del capitalismo. Uno no puede ser anarquista en ningún sentido coherente y abogar por el trabajo asalariado y la explotación económica.

Esta relación social (la explotación) se hace posible gracias a la propiedad privada. Para ser claros, los anarquistas hacen una distinción entre *posesiones* y *propiedad privada*. Las posesiones son objetos personales fundamentados en la ocupación actual o el uso (por ejemplo, los anarquistas no abogan por quitarte tu casa o tu cepillo de dientes). Pero la propiedad privada permite la explotación a través de la posesión sin *uso*. Justo como los capitalistas explotan a los trabajadores a través del trabajo asalariado, así también los

20. Mijail Bakunin, Op. Cit.

capitalistas explotan a los trabajadores a través de la propiedad de la tierra, arrogándose la propiedad de casas en las que no viven y cobrando a la gente por su ocupación. Igualmente, los capitalistas no *usan* los medios de producción de bienes, servicios y demás en nuestra sociedad (los trabajadores sí lo hacen). Además, en un sistema de propiedad privada, los capitalistas obtienen los beneficios de las cosas que son *socialmente* producidas por el resto de todos nosotros. Esto es lo que llevó a Proudhon a la célebre sentencia de «¡La propiedad es un robo!», al entender que esta declaración es tan lógica como la creencia de que la esclavitud es un crimen.[21] Esto es, *su propiedad es esencialmente nuestra pérdida*.

Otro aspecto de la sociedad capitalista bien conocido son las relaciones de mercado. Generalmente y probablemente porque en las explicaciones hegemónicas las economías marxianas se yuxtaponen a los modelos capitalistas, se nos dice que para la distribución de bienes tenemos que elegir entre la planificación central y los mercados. Los anarquistas, sin embargo, tradicionalmente han reivindicado alguna forma de planificación *descentralizada*. Para complicar más el asunto, bajo el capitalismo tenemos una distribución de

21. Iain McKay (ed.), *Property is Theft: A Pierre-Joseph Proudhon Reader*, AK Press, Oackland, 2011.

bienes mediante los mercados, pero hay algunos anarquistas que han sugerido que deberíamos tener mercados socialistas, anticapitalistas.[22] Este fue el modelo propuesto por Proudhon: un mercado socialista en el cual las compañías autogestionadas propiedad de los trabajadores competirían en un mercado regulado por una «federación agroindustrial».[23]

La mayoría de los anarquistas, sin embargo, rechazan los puntos de vista *orientados* a los mercados, sugiriendo muchas veces que los mercados en sí mismos son parte y esencia de la sociedad capitalista. Jarach, por ejemplo, puntualiza que ha existido «una casi total ausencia de las ideas económicas de Proudhon entre los anarquistas en los últimos 150 años».[24] Bowman, en su acercamiento al comunismo, se refiere a los argumentos visionarios de Proudhon como una forma de «capitalismo sin capitalistas» debido a que *retiene* algunos aspectos fundamentales del capitalismo.[25] Nuestro punto de vista coincide con esta postura, al enten-

22. Ver http://mutualist.org/ para algunos ejemplos modernos de teoría mutualista.

23. Ibid.

24. Lawrence Jarach, «Proudhon's Ghost: Petit-Bourgeois Anarchism, Anarchist Businesses, and the Politics of Effectiveness», *Anarchy*, nº 64 (otoño-invierno, 2007).

25. Paul Bowman, «What is Communism?», http://www.anarkismo.net/newswire.php?story_id=1555 (Visto el 11 de septiembre de 2011).

der los mercados (sean como sean deformados por el Estado) como una parte esencial de la sociedad capitalista. Y aunque muchos escritos toman nota de los planteamientos anarquistas *orientados* a los mercados en una sociedad postcapitalista, la mayoría son críticos con este tipo de argumentos.

Los anarquistas puntualizan que estos presupuestos económicos conducen al desarrollo de una sociedad de clases. Mientras que a menudo se nos dice que todos somos iguales ante la ley o que todos tenemos el mismo poder a través del voto, los anarquistas señalan que estas proclamas, que sirven para justificar y naturalizar la sociedad capitalista, son absurdas. Antes bien, no vivimos en una sociedad de iguales. Vivimos en una sociedad de *clases* con diferentes intereses materiales. La clase dirigente en la sociedad capitalista tiene entre sus intereses el mantenimiento del capitalismo. Sin embargo, el resto de nosotros tenemos interés en hacer trizas el capitalismo y tomar lo que legítimamente nos pertenece: todo.

Más apropiado que una versión fetichista del trabajador como un (normalmente blanco y hombre) trabajador industrial (fábrica) y el capitalista como un (normalmente blanco y hombre) propietario industrial (completado con un sombrero de copa), McKay explica el análisis anarquista de las clases definiendo estas dos clases de la siguiente manera:

- Clase trabajadora: aquellos que tienen que trabajar para vivir pero no tienen control real sobre ese trabajo u otras decisiones fundamentales que le afectan, por ejemplo, dominadores-dominados. Esta clase también incluye a los desempleados, pensionistas, etc., quienes tienen que sobrevivir de las ayudas del Estado. Obtienen un poco de la riqueza y un poco del poder (oficial). Esta clase también incluye al creciente sector de los trabajadores de servicios, muchos (si no la amplia mayoría de ellos) trabajadores de *cuello blanco*, así como los tradicionales trabajadores de *cuello azul*. La mayoría de los autónomos estarían incluidos en esta clase, así como la mayor parte de los campesinos y artesanos (allí donde se den los casos). En resumidas cuentas, las clases productoras y aquellos quienes fueron productores o serán productores (esto, entonces, incluiría a la mayoría de los estudiantes igual que a aquellos que están dedicados a labores reproductivas tales como la crianza, el cuidado del hogar, etc.). Este grupo, esta clase, conforma la inmensa mayoría de la población.

- Clase dirigente: aquellos que controlan las decisiones de inversión, determinan la política al más alto nivel, fijan la agenda al capital y al Estado. Esta es la élite situada en la cúspide: los propietarios o los altos ejecutivos de las grandes compañías, multinacionales o bancos (los capitalistas), los propietarios de grandes extensiones de tierra (los latifundistas o la aristocracia, si se diese el caso), altos fun-

> cionarios del Estado, políticos, etc. Detentan el poder real de la economía y el Estado y así controlan la sociedad. En resumidas cuentas, los propietarios del poder (sea este político, social o económico) o la clase dominante. Este grupo, esta clase forma en torno al 5-15% de la población.[26]

Debe señalarse, sin embargo, que el análisis anarquista de las clases sociales permite cierto grado de *matización puntillosa*. Esto es, no todo el mundo encaja perfectamente en estas amplias categorías (aunque podríamos asegurar que la mayoría de la gente lo hace). Debe también puntualizarse que algunos radicales, anarquistas incluidos entre ellos, abogan por la existencia de una tercera clase. Algunos se refieren a ella como *la clase media*, *la clase coordinadora*, *la clase tecnogerencial* y otros términos parecidos. Esto suele usarse normalmente para resaltar la existencia de gente con un alto grado de poder social —a menudo ejercido directamente sobre la gente trabajadora— tales como abogados altamente retribuidos, profesores de altas instituciones, etc. A veces se concibe a esta clase como poseedora de intereses materiales propios, opuestos a los de la clase dirigente y a los de la clase trabajadora, y en otras ocasiones con intereses similares a los de la clase trabajadora, pero colocados por

26. Iain McKay, *An Anarchist FAQ* (Vol. 1), AK Press, Oackland, 2008, p. 185.

encima de ella en la sociedad capitalista debido a ese poder social. La mayoría de los anarquistas, sin embargo, rechazan este punto de vista, decantándose por un análisis tradicional de dos clases sociales.

Debemos yuxtaponer este análisis anarquista de las clases sociales con el análisis sociológico de las mismas, que a menudo divide la sociedad en clase baja, clase trabajadora, clase media-baja, clase media-alta y clase alta. Los anarquistas consideran que serían diferencias culturales las que darían cuenta de la división entre los miembros más acomodados de la clase trabajadora y aquellos menos acomodados y, en ocasiones, existirían además diferencias en términos de su identificación con la sociedad presente. Sin embargo, debemos reconocer una clase trabajadora unificada (si no siempre unida) como el mejor modelo para buscar el potencial de ruptura de la sociedad capitalista y a partir del cual la ruptura podría surgir.

Finalmente, los anarquistas señalan que las relaciones sociales en la sociedad capitalista son sustentadas y protegidas por los Estados. Como Malatesta señaló hace años, nos enseñan que los Estados son «la representación [...] del interés general: es la expresión de los derechos de todos, interpretada como el límite de los derechos de cada uno» y que los Estados son «la moral [...] fundada sobre ciertos atributos de

razón y justicia».[27] Los anarquistas señalan que actualmente el Estado protege las relaciones de propiedad, permitiendo la existencia de la propiedad privada (de nuevo, sin ocupación ni uso). Sin una fuerza policial y leyes de la propiedad para atemorizar (y usarla) forzando a asumir las rentas y el trabajo asalariado, ¿qué nos impediría tomar nuestras casas, nuestros lugares de trabajo y nuestras comunidades? Fíjese uno, por ejemplo, en el modo en que la policía es usada para atacar a la gente incluso en los denominados lugares *públicos* durante las acampadas de los movimientos estilo *Occupy*. Igualmente, ¿cuándo fue la última vez que se utilizó a la policía para romper una huelga cargando contra el jefe y llevándolo a prisión? Más bien lo que hay es una historia de la represión policial del trabajo, de hecho, de muchos individuos y grupos durante los intentos de tomar y controlar sus propias vidas.

Esta es la función *económica* del Estado: proteger la propiedad privada y la acumulación del capital. También, esta es una razón por la que los anarquistas rechazan la postura leninista de apoderarnos del Estado (o, en algunas inter-

27. Errico Malatesta, «Anarchy», en *No Gods No Masters: An Anthology of Anarchism*, ed. Daniel Guérin, AK Press, Oackland, 2005, p. 356 («Anarquía», en *Ni dios, ni amo. Antología del anarquismo*, Madre Tierra Ed., Madrid, 2014).

pretaciones, destruir el existente y crear un nuevo *Estado de los trabajadores*, completado con un partido de vanguardia que lo dirija). Los anarquistas afirman que el Estado no perderá su esencia tras un periodo de revueltas cuando esté controlado por benevolentes izquierdistas. Más bien, debemos deshacernos nosotros mismos del Estado, no usarlo para intentar alcanzar nuestros objetivos. Es una razón por la que los anarquistas abogan por la acción directa mejor que por el electoralismo o la participación en los gobiernos.

Debe hacerse notar que las funciones del Estado van más allá de lo económico al proteger al Capital y a los capitalistas, aunque se requeriría de un extenso trabajo expositivo para delinear dichas funciones. El Estado dibuja, además, las fronteras entre las esferas pública y privada, fuerza las categorías identitarias de nosotros con respecto a los de arriba y controla muchos aspectos de la vida social más allá de las simples relaciones económicas (de este modo es necesario un análisis que reconozca las formas de dominación relacionadas con, pero no reducibles a, la clase, el capitalismo y la economía). Los anarquistas podrían analizarlo como una institución, como un conjunto de relaciones sociales o como alguna combinación de esas cosas (y los anarquistas han aportado en el pasado esos tipos de análisis del Estado), pero para el propósito de intentar abstraer la *economía* de otras

esferas de la vida, la función del Estado como protector del capitalismo y asimilador de las luchas (sobre todo cuando las luchas son oportunamente canalizadas hacia la participación electoral) es particularmente sobresaliente.

Más allá de estos rasgos institucionales, existen otros rasgos del moderno capitalismo que no hemos entrado a comentar. Queremos animar al lector, sin embargo, a considerar el papel del cambio de divisas y el dinero en el capitalismo. Más aún, es razonable dudar sobre si el capitalismo moderno podría existir sin la deuda, como Graeber hábilmente señala (y en el proceso, hace trizas muchos mitos asociados con el capitalismo financiero).[28] También se podrían investigar los mecanismos de los precios y el valor de cambio como piezas vitales del capitalismo (algunos comunistas libertarios afirman, por ejemplo, que destruir el capitalismo significa igualmente prescindir de la forma *valor de cambio*). Sin embargo, debido a limitaciones de espacio, limitamos nuestro análisis institucional a los rasgos señalados más arriba.

Los anarquistas también explicitan (el hecho de alguna manera obvio de) que el capitalismo se reproduce a sí mismo a través de la participación de la gente en sus rela-

28. Ver David Graeber, *Debt: The First 5.000 Years*, Melville House Publishing, Brooklyn, 2011 (*En deuda*, Ed. Ariel, Barcelona, 2012).

ciones sociales. Así pues, a menudo se puede encontrar a los anarquistas abogando por un rechazo de las masas y la abstención de nuestra participación en dichas relaciones sociales —algunas veces en la forma de huelgas generales; otras veces, como en el caso de actos ilegalistas, en la forma de expropiaciones directas— con el apoyo y la participación de movimientos sociales o no; unas veces abogando por ocupaciones y tomas de espacios y, hasta en otras ocasiones, abogando por crear alternativas a las relaciones capitalistas aquí y ahora; etc. Pero la defensa de esta clase de prácticas lleva a la siguiente cuestión: si nuestro objetivo es abolir el capitalismo, ¿por qué (y cómo) es continuamente reproducido el capitalismo en nuestras vidas y por qué no destruimos esas relaciones sociales y comenzamos a escribir un nuevo futuro hoy mismo?

Algunas de las posibles respuestas a esa cuestión se hallan dentro de las explicaciones más populares de la economía (lo que también podría esclarecer el por qué los anarquistas muy a menudo son renuentes a referirse a nuestros análisis como *economía* o a nuestras alternativas propuestas como *economías*). El capitalismo se justifica desde las asunciones ideológicas de la *naturaleza humana*, lo que es *pragmático* y cuán maravillosa y benevolente puede llegar a ser la democracia. Teniendo en cuenta que los medios de

comunicación de masas pertenecen y son dirigidos por poderosas corporaciones, nuestras formas de entretenimiento son la mayoría de las veces mercancías producidas bajo (y por) el Capital, nuestro sistema de educación obligatoria está dirigido por el Estado, y así con todo, no puede producir sorpresa cuán populares son esas clases de presupuestos ideológicos y cuán infrecuente es que penetre la crítica en las relaciones humanas (los anarquistas a menudo las incluyen en todo esto).

Por ejemplo, el capitalismo a menudo es justificado por la creencia de que ser egoísta es propio de la *naturaleza humana*, querer acumular riqueza a costa de los demás, desear poder sobre las otras personas y cosas parecidas. A pesar de que la gran mayoría de las relaciones humanas sociales surgieron de sociedades cazadoras-recolectoras sin ningún concepto de propiedad privada y en comunidades que basaban sus vidas en las posesiones personales y formas colectivas de los recursos sociales (nada que pudiese denominarse con rigor *propiedad*). Teniendo en cuenta esta larga historia de hechos, ¿cómo puede ser que la *naturaleza humana* quiera dominar, poseer, competir por los recursos? ¿Nos hemos comportado colectivamente en contra de nuestra esencia natural durante la mayor parte de nuestra existencia? El argumento apenas tiene sentido. Sin embargo, estas

ideas sobre la *naturaleza humana* son muy comunes entre la gente de todo el mundo. Esto es, en parte, lo que llevó a Emma Goldman a declarar «pobre naturaleza humana, ¡qué crímenes horribles se han cometido en tu nombre! Cada loco, desde un rey a un policía, desde una persona simplona hasta el diletante menos interesado en la ciencia, se piensa autorizado a hablar de la naturaleza humana. Cuanto mayor es su charlatanería, mayor es su definitiva insistencia en la maldad y debilidad de la naturaleza humana. Pero, ¿cómo puede uno hablar de ella hoy en día, con cada alma en una prisión, con cada corazón encadenado, herido y mutilado?».[29] Su argumento era que aquellas cosas que se atribuyen a la *naturaleza humana* no son más que las proyecciones de nuestras instituciones dominantes dentro de nosotros *mismos*. Así pues, el capitalismo no es un sistema que haya surgido naturalmente. Es un sistema que se construyó artificialmente y del que se puede prescindir.

Igualmente, los economistas frecuentemente califican a las alternativas anarquistas al capitalismo como utópicas (en el sentido peyorativo del término) o como que no son pragmáticas. Ellos afirman en su lugar que las alternativas al capitalismo nunca *funcionarían* (otro concepto que reque-

29. Emma Goldman, «Anarquismo: lo que realmente significa», *La palabra como arma*, La Malatesta Ed., Madrid, 2008.

riría un análisis de su significado, en el cual no entramos en este breve texto). Primero de todo, estos ignoran la gran mayoría de la historia de la organización social humana, la cual, presumiblemente, *funcionó* (al fin y al cabo, aún estamos aquí y en el pasado algunas veces la gente se peleó, pero otras veces con toda seguridad progresamos sin capitalismo).[30] También ignoran todas las experiencias humanas y los experimentos fuera de las relaciones capitalistas que existen dentro de la sociedad capitalista[31] o en situaciones revolucionarias.[32] Pero más indignante aún es que se asuma que el capitalismo, incluso en sus propios estándares ideológicos, es un sistema que *funciona*. Teniendo en cuenta la pobreza, privación y hambre masiva; la destrucción rutinaria de la naturaleza y el expolio del medio natural; masivas guerras por todo el ancho mundo; crisis periódicas tales como la que estamos experimentando mientras se redacta este escrito (de hecho, dado que una pequeñísima elite posee ingentes cantidades de recursos: múltiples casas, docenas de coches de

30. Para una interesante visión antropológica de este asunto, ver Marshall Sahlins, «The Original Affluent Society», http://www.eco-action.org/dt/affluent.html (Visto el 11 de septiembre de 2011).

31. Ver, por ejemplo, Colin Ward, *Anarquía en acción*, Enclave Ed., Madrid, 2013; y Peter Gelderloos, *La anarquía funciona*, La Neurosis o Las Barricadas Ed., Madrid, 2014.

32. Ver especialmente Abad de Santillán, Op. Cit.

lujo, sirvientes y cohortes y cosas por el estilo; mientras que la mayoría de nosotros lucha por sobrevivir) ¿podemos decir de verdad que este es un sistema que *funciona*?

Se nos dice que bajo los controles de la democracia y los balances presentados en forma de regulaciones estatales de la economía se pueden reconducir algunos de los fallos del capitalismo. Esto explica en algunas ocasiones por qué la gente hace referencia al estudio del capitalismo como *política económica* ya que no hay libre mercado sin la intervención del Estado. Pero incluso un rápido vistazo a la reciente historia demostraría cuán absurdas son estas creencias profundamente arraigadas sobre la democracia. Quizá los mejores ejemplos se dan cuando los gobiernos izquierdistas son votados y aupados al poder. En muchas partes de Europa tenemos una larga historia de partidos socialistas legislando mecanismos de regulación de la economía para crear un capitalismo más suave y amable. Y podemos comprobar con la actual austeridad cómo esas reformas y regulaciones son de duraderas (lo cual equivale a decir que no son duraderas en ningún aspecto: el Estado puede desmantelar cualquier reforma o regulación en cualquier momento. Por lo tanto, solo conservamos lo que se toma y se defiende). Más aún, como anarquistas, defendemos que una forma más suave de explotación no es suficiente. Queremos controlar nuestras

vidas y crear y participar activamente en nuestras relaciones sociales, sin el tipo de restricciones impuestas por la autoridad jerárquica y el poder, en el contexto de la economía, de la identidad, de la cultura, bajo nuestro concepto de orden, de hecho en *todas* las facetas de nuestra vida social.

Parte del peligro de este particular perfeccionamiento de la ideología capitalista es la creación de alternativas liberales combativas que persiguen poco menos que la total transformación social. El reformismo militante puede servir como mecanismo de asimilación de mo(vi)m(i)entos sociales radicales, evitando posibles transformaciones al funcionar como el ala izquierdista del capital. Así pues, la izquierda institucionalizada históricamente (y contemporáneamente) es algo de lo que los anarquistas suelen ser recelosos si lo que deseamos son mundos diferentes en vez de una versión reformada del orden existente.

El precedente análisis de las instituciones capitalistas estaba concebido para describir la sociedad existente, así como para aportar algunas posturas sobre posibles formas a adoptar por un futuro capitalismo. El análisis de los principios ideológicos en juego para justificar y naturalizar el capitalismo está concebido para socavar las mitologías que rodean estos valores institucionalizados. Los anarquistas, como ya señalamos, han ofrecido posibles alternativas

al capitalismo con más o menos detalles. Estas alternativas tienden a estar relacionadas con estrategias específicas y unos determinados presupuestos teóricos. Ahora revisaremos algunas de estas propuestas anarquistas, aclarando la frecuente reticencia anarquista a desarrollar los argumentos visionarios con demasiado detalle.

Economía anarquista

Como hemos dicho antes, una economía anarquista tendrá algunos rasgos propios. En primer lugar, el anarquismo mantiene cierto tira y afloja respecto a las visiones postcapitalistas. En segundo lugar, como práctica *prefigurativa* amplia, una parte del análisis económico del anarquismo deberá incluir la investigación de experiencias actuales que contengan elementos anarquistas que podrían ser semillas de una futura economía postcapitalista (al tiempo que, por supuesto, debe ocuparse de las limitaciones de estos ejemplos).

Esto significa también que necesitamos vías para evaluar las estrategias de resistencia que usamos para crear rupturas en el capitalismo y reconocer los espacios de la vida diaria en los cuales el capitalismo no está presente.

Finalmente, dado que el anarquismo es un movimiento holístico que intenta preconfigurar la totalidad de las

relaciones sociales y no limitarse a la economía, nuestro análisis de las prácticas actuales necesita incluir investigaciones sobre las experiencias afectivas encarnadas en esas prácticas.

Comenzamos con un vistazo a las diferentes propuestas avanzadas por el anarquismo para una sociedad futura (y a los procesos que deben usarse para crear una sociedad tal).

Para empezar discutiendo las diferencias entre las tres principales teorías anarquistas postcapitalistas (mutualismo, colectivismo y comunismo) deberíamos primero tener en cuenta algunos detalles. Primero, como se menciona más arriba, la mayoría de los anarquistas rechazan completamente el mutualismo en la actualidad. Aunque jugó un papel histórico para establecer los fundamentos de la economía anarquista (como McKay, elocuentemente, expone en algunos de sus escritos), tiene poco impacto en el entorno actual existente, más allá de esos mismos fundamentos (aunque se pueden encontrar de vez en cuando defensores de esta filosofía de mercado en diversas ferias del libro y encuentros anarquistas o, más a menudo, en foros anarquistas de Internet y parecen estar cogiendo fuerza a medida que más y más gente pierde la fe en el capitalismo).

Además de esto, muchos anarquistas desconfían de las explicaciones visionarias y los proyectos del futuro, viendo el anarquismo como una creación consciente de los desposeí-

dos y no como un futuro que puede ser escrito dentro del contexto presente. Tal y como Emma Goldman señaló:

> El anarquismo no es, como algunos pueden pensar, una teoría de futuro para ser realizada por inspiración divina. Es una fuerza viva de los asuntos de nuestra vida, que constantemente crean nuevas condiciones. Los métodos del anarquismo, por lo tanto, no comprenden un programa blindado para ser puesto en práctica bajo cualquier circunstancia. Los métodos deben surgir de las necesidades económicas de cada lugar y clima y de cada requerimiento intelectual y temperamental de los individuos.[33]

De acuerdo con esto, algunos anarquistas evitan etiquetas y *nombres con guión*, como *comunismo-anarquista*, prefiriendo referirse a sus preferencias simplemente como *anarquía* o, a veces, no referirse a ninguna preferencia en absoluto.

Hay también una fuerte tradición de pluralidad revolucionaria en el anarquismo. En el pasado, algunos anarquistas abogaron por un *anarquismo sin adjetivos*, quizá desarrollado de manera más conocida por pensadoras tales como Voltairine de Cleyre, para indicar la tolerancia hacia diferentes visiones (y estrategias). También hubo (y hay) anarquistas que abogaron por propuestas específicas, pero

33. Emma Goldman, Op. Cit.

vemos en ellos una necesidad de profunda humildad y comedimiento ante el pluralismo de planteamientos. Uno de los mejores ejemplos de esto lo podemos encontrar en el anarquista italiano Errico Malatesta, que abogaba por el anarcocomunismo, aun señalando que:

> Uno puede, por tanto, preferir el comunismo, o el individualismo, o el colectivismo o algún otro sistema y trabajar mediante la propaganda por el hecho para la consecución de sus preferencias personales, pero uno debe cuidarse, a riesgo de cierto desastre, de suponer que el sistema de uno es el único e infalible y bueno para todo hombre [sic], para todo lugar y para todo tiempo y que su éxito debe ser asegurado a toda costa por otros medios que no aquellos que dependen solo de la persuasión, los cuales nacen de la evidencia de los hechos.[34]

Indudablemente, esto es también reflejo de la desconfianza anarquista hacia las explicaciones visionarias y los proyectos para una sociedad futura.

Finalmente, debe señalarse que lo que dibujamos como límites de estas diferentes propuestas visionarias son objeto de disputa y debate. Lo que nosotros denominamos aquí *colectivismo* podría ser denominado por otros una fase

34. Errico Malatesta, *Errico Malatesta: His Life and Ideas*, Vernon Richards (compilador), Londres, Freedom Press, 1984, pp. 28-29. (Vernon Richards, *Malatesta, pensamiento y acción revolucionarios*, Tupac Ediciones, Buenos Aires, 2007).

de transición del anarcocomunismo. Otros incluso defienden una definición minimalista del comunismo libertario, que incluiría cosas como alguna forma de remuneración del tiempo de trabajo, supresión de lo pesado de las tareas y cosas así, lo que los anarcocomunistas contemporáneos típicamente rechazan, pero que los anarcocomunistas del pasado han defendido.

Pensamos que actualmente estas categorías han adquirido diferentes significados entre los anarquistas. Nuestro intento de definirlos, por tanto, es en sí mismo un proyecto fuertemente politizado y queremos ponerlo de manifiesto. Indudablemente confundiremos algunos detalles en el proceso, pero el propósito aquí es ofrecer unos esquemas amplios y no tener la última palabra de cómo estos términos fueron definidos históricamente o cómo son usados comúnmente a día de hoy. Por supuesto, esperamos que estas estrategias de definición puedan servir como trampolín para debates necesarios sobre el uso y significado de estas categorías. Esto es también por lo que estos esbozos son sucintos. Podría escribirse un libro entero sobre cada tendencia y no tenemos intención de hacer tal cosa aquí, así que unos párrafos de cada una serán suficientes para el propósito de este escrito.

Mutualismo

Como mencionábamos antes, Proudhon fue el defensor de una forma de mercado socialista denominado mutualismo. El mutualismo era un modelo anticapitalista que veía en la existencia de bancas mutualistas y asociaciones de crédito una vía para socializar la propiedad productiva y proporcionar una forma de poder paralelo a los trabajadores, particularmente a través del uso de préstamos a bajo interés, que cobrarían solo el interés necesario para pagar la administración de esas asociaciones.

Así pues, Proudhon abogaba por el mutualismo no solo como una posibilidad postcapitalista, sino también como una orientación estratégica, insistiendo en la necesidad de construir relaciones económicas alternativas en el aquí y el ahora que pudieran sustituir al capitalismo.

Aunque hoy en día el mutualismo no es defendido habitualmente por los anarquistas, todavía debemos mucho de nuestro desarrollo de la teoría económica a Proudhon (irónicamente, los marxistas también tienen esta deuda con Proudhon). No obstante, debe admitirse que hay todavía algunos que abogan por el mutualismo.

Como Proudhon esbozase, el trabajo asalariado y el latifundismo serían abolidos en una sociedad mutualista. La propiedad se basaría más bien en la ocupación y el uso. Así

pues, todos los trabajadores tendrían acceso a sus propios medios de producción —la mayoría organizados en cooperativas, agrupaciones no jerárquicas—. Estas agrupaciones autogestionadas competirían en un mercado libre, regulado por una gran federación agroindustrial. Muchos mutualistas han defendido que estas agrupaciones funcionarían de manera similar a las cooperativas de trabajadores de la actualidad, pero sin algunas de las presiones del presente, en que están obligadas a operar en el contexto de una sociedad capitalista y estatista. Además, en lugar de la apropiación por parte de los capitalistas de la plusvalía de los trabajadores, estos mantendrían o comerciarían con aquellos productos que produjeran.

Esto significaría que el reparto en una sociedad mutualista sería «por trabajo realizado, por hecho, más que por necesidad. Los trabajadores recibirían el producto total de su trabajo, después de pagar los aportes provenientes de las otras cooperativas».[35]

Esta es una diferencia importante, especialmente con los anarquistas que abogan por la propuesta comunista de formas de reparto en función de la *necesidad*, y buena parte

35. ANARCHO, «The Economics of Anarchy», http://anarchism.pageabode.com/anarcho/the-economics-of-anarchy (Visto el 21 de octubre de 2011).

de los debates sobre las propuestas futuras anarquistas se centran en el reparto de las cosas que producimos. Esto también significa que, en una sociedad mutualista, las relaciones de intercambio continuarían existiendo, con agrupaciones autogestionadas intercambiando bienes y servicios en un mercado.

Por esta razón, algunos anarquistas (especialmente comunistas) piensan que el mutualismo es en realidad una forma autogestionada de capitalismo, dado que mantiene muchos elementos del capitalismo (relaciones de intercambio, mercados y demás).

Algunos descendientes modernos del mutualismo son Kevin Carson, Shaw Wilbur, algunos compañeros de la Alianza de la Izquierda Libertaria o el Centro por una Sociedad Sin Estado.[36] Muchos de estos modernos mutualistas han modificado los rasgos de los argumentos de Proudhon de manera crucial, influenciados por los individualistas norteamericanos como Benjamin Tucker y Josian Warren.

Algunos de los grupos mencionados conciben a todos los antiestatistas haciendo un frente común con una amplia variedad de visiones económicas —algunos de los cuales son socialistas y otros defienden formas de capitalismo y no

36. Ver, por ejemplo, http://mutualist.blogspot.com/, http://libertarian-labyrinth.blogspot.com/, http://all-left.net/.

podrían por tanto ser llamados propiamente *anarquistas* (si el término, aunque ciertamente amplio y a veces enrevesado, tiene algún tipo de consistencia en su significado)—. Así pues, por ejemplo, en la parte superior de la web de la Alianza de la Izquierda Libertaria pueden verse fotografías de mutualistas como Proudhon codo con codo con las de autoproclamados capitalistas como Murray Rothbard. No obstante, es dentro de estos modernos descendientes donde vemos el fantasma de Proudhon y los ecos de su mutualismo anarquista.

Colectivismo

El colectivismo es asociado normalmente con Bakunin, quien se refería a sí mismo como un *colectivista* para distinguir su teoría de la del comunismo de Estado.

Mientras que el mutualismo era una estrategia gradual y reformista que intentaría *sobrepasar* al capitalismo a lo largo de un gran periodo de tiempo, Bakunin vio la necesidad de una ruptura revolucionaria con el capitalismo. De este modo, Bakunin apostó por un movimiento revolucionario que expropiara la propiedad, socializándola.

El colectivismo, entonces, comienza con la asunción de la propiedad social de los medios de producción, como el mutualismo. El producto del trabajo, sin embargo, sería reu-

nido en un mercado comunal. El amigo de Bakunin, James Guillaume, cuando detalló la propuesta de Bakunin exigía una sociedad donde «los bienes [...] producidos por el trabajo colectivo, pertenecerán a la comunidad. Y cada miembro recibirá la remuneración por su trabajo, bien en la forma de artículos [...] o en moneda. En algunas comunidades la remuneración será en proporción a las horas de trabajo; en otras el pago será medido tanto por las horas de trabajo como por el tipo de trabajo realizado; incluso se experimentarán otros sistemas para ver cómo funcionan».[37] Donde las comunidades usasen moneda, sería usada para la adquisición de bienes en el mercado colectivo.

Y aún Dolgoff dice de Guillaume que él «no veía, en principio, diferencia entre el colectivismo y el comunismo antiestatal. El colectivismo entendía que el comunismo pleno no sería realizable inmediatamente. Estaban convencidos de que los trabajadores mismos introducirían gradualmente el comunismo a medida que superasen los obstáculos, ya fuesen psicológicos, ya económicos».[38]

---

37. James Guillaume, «1876: On Building the New Social Order», citado en Sam Dolgoff, *Bakunin on Anarchy*, Vintage Books Inc., Nueva York, 1971, p. 361. (*La anarquía según Bakunin*, Tusquets, Barcelona, 1977)

38. Ibid., p. 159.

Así, de esta manera, la idea de remuneración no sería un fin en el colectivismo de Bakunin, sino más bien una fase transitoria hacia el sistema de un *pleno comunismo*, donde, presumiblemente, las formas de remuneración serían desechadas por completo.

Pero no está claro que Bakunin mismo se viese como cualquier otro anarquista comunista, lo que tiene que ver con las dificultades de este intento de definición y categorización que es, como ya hemos dicho antes, algo fuertemente politizado.

Guillaume escribió que «el término *colectivismo* designaba a los partidarios de colectivizar la propiedad» en la Primera Internacional y que «aquellos que abogaban por la posesión colectiva de la propiedad por el Estado eran llamados *Estatistas* o *Comunistas Autoritarios* [...]. Para distinguirse entre ellos de los autoritarios y evitar la confusión, los antiautoritarios se llamaron a sí mismos *colectivistas*».[39]

No obstante, el término *colectivismo* es aún ampliamente usado entre los anarquistas, quienes a menudo distinguen entre colectivismo y comunismo anarquista en debates sobre la remuneración y la distribución.

Actualmente, como en el caso del mutualismo, hay pocos anarquistas que apuestan por el colectivismo, así por

39. Ibid., p. 158.

definición. Pero ecos de alguna de estas preocupaciones sobre la remuneración pueden verse cuando algunos anarquistas abogan por las economías participativas (o *parecon*), un socialismo libertario sin mercado desarrollado por Michael Albert y Robin Hahnel y también defendido por Chris Spannos.[40]

De hecho, Albert expone en algún escrito que «los ciudadanos tendrían derecho sobre el producto económico de la sociedad, derecho que aumentaría si realizan un trabajo socialmente valorado o más intenso o en peores condiciones». En esto es donde podríamos ver de alguna manera a los descendientes del colectivismo.

Sin embargo, para los defensores de las *parecon*, estas no son vistas normalmente como una fase transitoria hacia un comunismo pleno de libre consumo, sino como un fin en sí mismas, lo cual les diferencia de la teoría de Bakunin. Se diferencian también en otros aspectos fundamentales y animamos a los buenos y curiosos lectores a leer los muchos libros que delinean esta teoría de las economías participativas.

---

40. Ver, por ejemplo, Michael Albert y Robin Hahnel, *Looking Forward: Participatory Economics for the Twenty First Century*, South End Press, Boston, 1991; y Chris Spannos, *Real Utopia: Participatory Society for the 21st Century*, AK Press, Oakland, 2008.

Comunismo Anarquista

Las formas de comunismo anarquista son la tendencia dominante entre los anarquistas (entre aquellos que se identifican con una tendencia económica particular). Estratégicamente, los comunistas anarquistas (algunas veces denominados como anarcocomunistas, anarquistas-comunistas o comunistas libertarios —con cada uno de estos términos connotando algunas diferencias estratégicas y teóricas—) ven habitualmente la necesidad de una ruptura revolucionaria con el capitalismo. Algunos conciben esto, como Bakunin, por medio de una serie de grandes eventos revolucionarios representados y organizados por la clase trabajadora. Otros, sin embargo, ven el anarquismo y el comunismo como procesos y no como fines cerrados y, a menudo, abogan por momentos insurreccionalistas que, quizá, podrían derivar en revoluciones.

El comunismo libertario aboga por la propiedad social de los medios de producción y la distribución en función de la necesidad o, quizá por decirlo mejor, por un final de las relaciones de posesión y propiedad todo junto (así pues, la abolición de la propiedad). Este comunismo anarquista defiende propuestas económicas organizadas en torno al principio de «de cada uno según sus posibilidades, a cada uno según sus

necesidades», aunque los detalles de cómo realizar este objetivo son ciertamente debatibles. Añadido a esto, *comunismo* es también un término controvertido, con una gran variedad de significados, tanto histórica como actualmente. Esto hace que esta categoría sea muy difícil de precisar con una simple definición, ya que la mayoría de las teorías comunistas anarquistas iniciales fueron escritas como reacción a los sistemas retributivos colectivistas.

El comunismo anarquista normalmente está en contra de cualquier forma de moneda o remuneración. En palabras de Kropotkin, esa era una idea desatinada desde el principio y un hecho que podría posiblemente derivar en el desarrollo del capitalismo nuevamente:

> De hecho, en una sociedad como la nuestra, en la cual cuanto más trabaja un hombre [sic] menos es remunerado, este principio, a primera vista, puede parecer ser un anhelo de justicia. Pero realmente solo es la perpetuación de la pasada injusticia. Fue en virtud de este principio del salario por lo que la batalla social comenzó, para terminar con toda la serie de desigualdades patentes y todas las abominaciones de la presente sociedad; porque, desde el momento en que el trabajo realizado fue valorado en moneda o en cualquier otra forma de salario, desde el día en que esto se acordó así, que cada persona solo recibiría el salario que le esclavizaría a sí misma, la entera his-

toria de la sociedad capitalista asistida por el Estado estaba dispuesta para ser escrita; todo nació de este principio.[41]

La visión de Kropotkin presentaba un camino atrevido para una sociedad postrevolucionaria que «ha tomado posesión de toda la riqueza social, habiendo proclamado valientemente el derecho de todos sobre esta riqueza —sea lo que sea lo que puedan haber contribuido a producirla— y que abandonará cualquier sistema de salarios, ya sea en moneda o bien en vales de trabajo».[42]

Esto es importante no solo en términos de propuesta, sino también en referencia al *contenido* político de lo hecho por los anarquistas durante los mo(vi)m(i)entos insurreccionalistas o revolucionarios.

Así pues, las acciones comunistas anarquistas suelen estar dirigidas hacia un proceso revolucionario. Así que en vez de abogar por una ruptura revolucionaria y seguir luego con el desarrollo de una sociedad que siga las propuestas comunistas anarquistas, Kropotkin sugiere que los trabajadores, en un contexto revolucionario, «demandasen lo que han demandado siempre en estos casos: la colectivización de los suministros».[43]

41. Piotr Kropotkin, Op. Cit.
42. Ibid., pp. 194-195.
43. Ibid., p. 102.

Igualmente, en el informe de Carlo Cafiero a la Federación del Jura, describe la anarquía y el comunismo en términos inmediatos. Para Cafiero, «la libertad y la igualdad son los dos términos necesarios e indivisibles de la revolución».[44] Más aún y, de nuevo de forma inmediata, «la anarquía hoy en día es el ataque, la guerra contra toda autoridad, todo poder, cada Estado».[45]

Emma Goldman también sugiere un proceso de creación del comunismo que excluya procesos comerciales:

> Hacer esto realidad, creo que solo será posible en una sociedad basada en la voluntaria cooperación de grupos de producción, comunidades y sociedades libremente federadas, desarrollándose finalmente en un comunismo libre, motivados por una solidaridad de intereses. No puede haber, en su más amplio sentido, libertad en el mundo, ni desarrollo armónico, en tanto en cuanto las consideraciones mercenarias y comerciales jueguen un papel importante en la determinación de la conducta personal.[46]

---

44. Carlo Cafiero, «Anarchy and Communism», citado en Daniel Guerin, *No gods, No masters*, p. 293.

45. Ibid.

46. Emma Goldman, «What I Believe», http://dwardmac.pitzer.edu/Anarchist_Archives/goldman/whatibelieve.html (Visto el 21 de octubre de 2011). («En qué creo», *La palabra como arma*, La Malatesta ed., Madrid, 2007).

Kropotkin fue particularmente firme en esto: «la revolución será comunista. Si no, será anegada en sangre y tendrá que comenzar de nuevo».[47]

Estas descripciones de la propuesta y el proceso no dicen nada sobre muchas de las otras disensiones y desacuerdos entre los comunistas anarquistas. Están los que creen que las organizaciones formales anarquistas son fundamentales en las luchas sociales y están los que creen que este tipo de organizaciones se convierten en un fin en sí mismas y estorban en el camino de la lucha. Algunos comunistas anarquistas defienden un anarquismo individualista enraizado en los deseos personales mientras que otros defienden un enfoque teórico más social y colectivo. Hay comunistas anarquistas que se identifican con la izquierda y otros que la rechazan; unos que abogan por centros de trabajo autogestionados y otros que abogan por la abolición del trabajo. Además, hay muchos que se encuentran en algún punto intermedio de todas estas disputas. De nuevo, este breve texto no es lugar para alargarse en estos debates, pero se debe dar cuenta de todos ellos para no dejar al lector con la sensación de que solo existe un comunismo anarquista monolítico, el cual, es bastante obvio, no existe.

---

47. Piotr Kropotkin, Op. Cit., p. 195.

Otras características singulares

Aparte de las diferencias en torno a las visiones de los comunistas anarquistas, colectivistas y mutualistas, pensamos que una economía anarquista es también singular debido a la naturaleza prefigurativa del anarquismo.

Esto es, el anarquismo defiende que las maneras en que nos organizamos en el aquí y ahora deberían *prefigurar* el tipo de mundo que deseamos crear lo máximo que se pueda. Esto significa que una parte de la economía anarquista es la investigación de las prácticas actuales que podrían contener elementos anárquicos. Asimismo, quiere decir que una economía anarquista tendría que ocuparse de la evaluación de las estrategias de resistencia anarquista con las que intentamos crear rupturas en el capitalismo y, finalmente, abolirlo.

Finalmente, una economía anarquista también tendría que ocuparse de las experiencias encarnadas por la gente que protagoniza las prácticas y formas de resistencia de economía anárquica contemporánea. Esta focalización en los aspectos efectivos de la producción y distribución cuenta quizá con la mejor descripción en la reformulación de Milstein de la máxima comunista: «de cada uno según sus posibilidades e intereses y a cada uno según sus necesidades y

deseos».[48] Mientras que esto es, en efecto, tenido en cuenta en los análisis económicos marxistas del capitalismo, particularmente en el enfoque de Marx sobre el concepto de alienación, para los anarquistas significa prestar especial atención a los vínculos emocionales y experiencias personificadas por la gente comprometida en actividades económicas anticapitalistas (que, aunque limitadas, deberían ser en su existencia una forma embrionaria *bajo* el capitalismo).

48. Cindy Milstein, *Anarchism and its Aspirations*, AK Press, Oackland, 2010, p. 53.

A MODO DE EPÍLOGO

por

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

Hemos tratado de ofrecer al lector un texto contemporáneo sobre economía desde el punto de vista anarquista, algo que no resulta sencillo. Y no lo es, entre otras razones, porque son pocas las obras que se centran en tal cuestión desde un prisma libertario. Dado que el texto que ofrecemos en primer lugar es la introducción de una obra mucho más larga, no podemos dejar pasar la ocasión de ofrecer algunos de los puntos de debate que, lógicamente, creemos que se le escapan.

Como bien se señala en el texto anterior, el movimiento anarquista actual tiene una curiosa relación con la economía: aun entendiendo que se trata de un asunto especialmente importante, existe bastante prudencia a la hora de afrontarlo, cuando no un rechazo patente. Quizá haya que tener en cuenta que la economía, como muchos de los conocimientos en las sociedades postindustriales, ha quedado en manos

de especialistas, administrada en universidades y solamente concebible en el marco terminológico y, al fin y a la postre, estrecho, de los ambientes académicos. Una parte del anarquismo, muy consciente de que es imposible tratar de crear un sistema de producción y distribución no capitalista usando conceptos que solamente son aplicables a la dinámica de mercado tal y como hoy se entiende, desprecia la economía así entendida, la de los economistas y su jerga creada para explicar un modelo concreto, no la economía como hecho humano.

Bien es verdad que existe otra parte del mundo anarquista que manifiesta cierta pereza intelectual y al que, sencillamente, le resulta impensable aproximarse a problemas como el intercambio, la existencia de moneda, las decisiones sobre la producción y la distribución o la autogestión, a todos estos problemas, con algo más que unas consignas vagas y generalistas, que pueden hacer aguas cuando se enfrentan a problemas reales. De ahí la elaboración de discursos más bien poéticos que tienen como consigna provocaciones como Abajo el trabajo o la negación de la autogestión, al considerarla autogestión de la miseria. La falta de

expectativas de triunfos revolucionarios provoca estas escapadas más o menos nihilistas que conducen a callejones sin salida, aunque estéticamente resulten atractivas. La falta de explicación de este tipo de propuestas consigue huir de que, en el mejor de los casos, se trata de reformulaciones más aparentes que de fondo y, en el peor, de posturas herederas de la posmodernidad más vacía.

En este sentido, el Abajo el trabajo no es mucho más que el intento de acabar con el trabajo asalariado y sustituirlo por la actividad más o menos placentera de la colaboración social; un grito contra la monotonía y la explotación; un vómito sobre una de las estructuras fundamentales del capitalismo; todo ello tratando de huir de la identificación con los últimos doscientos años de anarquismo, como si en la provocación estribara la posibilidad de agitar el mundo.

Podríamos identificar una tercera posición libertaria frente a la economía, que, en cierta medida, justifica la primera. Ese peligro de ser absorbidos por el discurso oficial, bien que maquillándolo, de entrar en terreno enemigo en el que solamente se puede jugar con unas

reglas fijadas de antemano que impiden desmontar el tablero, esas sospechas, parecen confirmarse en los casos de quienes han elaborado los discursos aparentemente más profundos en economía, trufados con la terminología oficial mezclada oportunamente con la revolucionaria que salpica sus propuestas. Y decimos salpica, porque no impregna, porque, metidos en la habitación aislante de la economía académica, son incapaces de mirar por la ventana y concebirse fuera del edificio del Estado. Han llegado desde sectores que se dicen anarquistas propuestas aparentemente autogestionarias que otorgan al Estado unas atribuciones a las que no se podría renunciar, so pena de caer en el caos y la miseria. Curioso parecido con las tesis socialdemócratas, el de quienes abogan porque, de momento, terminar con el Estado es ilusorio o algo peor, o el de quienes defienden esto de manera más sutil, haciendo referencias al replantearse el papel del Estado dentro de la teoría anarquista.

Esto nos lleva al primer punto: a la dificultad de hablar de economía sin contaminarse del discurso capitalista, como resulta difícil cursar estudios de Derecho y poder cuestionar la necesidad de las leyes tal y como las concibe el Derecho tradicional, por ejemplo. La posibilidad de romper el estrecho cuadro en el que se mueven las disciplinas académicas es,

en parte, lo que nos hace redactar este epílogo, a modo de complemento del texto presentado.

Quizá uno de los elementos actuales donde se observa tal dificultad es en el intento de ruptura por parte del movimiento anarquista de la dicotomía (falsa, por otro lado), entre mercado y Estado, atribuyendo al primero la maldad que el segundo podría frenar. Esto significa, por de pronto, concebir al Estado como una entidad diferente del mercado (o los mercados, como han sido rebautizados), como un ente que garantiza el desarrollo de la sociedad frente a las oscuras fuerzas de la economía desbocada, tesis que, de raíces liberales, se ha ido colando en la sociedad de manera eficaz y que ha sido enarbolada ante la última ofensiva del capitalismo, tendente a transformar algunas de las estructuras de servicio estatales en objetos de compra-venta privados.

Resulta difícil, por la extensión de este trabajo, desarrollar aquí un argumentario de la suficiente profundidad en torno a este aspecto, pero no resulta complicado recoger la tradición anarquista en este sentido, desde Bakunin hasta Malatesta, que insiste en que la organización estatal tiene entre sus atribuciones favorecer al propio mercado, que sin la protección de la violencia del sistema se vería en serios apuros.

El aparato represivo, curiosamente, no ha sufrido el mismo grado de adelgazamiento que sí se ha visto en otras atribuciones del Estado de los últimos 60 años, por lo que la alternativa entre Estado fuerte y mercado controlado o Estado débil y mercado omnipresente se muestra como una falacia que no resiste un análisis minucioso. Difícilmente se encuentra en la historia del Estado una penetración mayor del poder estatal en la vida cotidiana de los individuos, un poder mayor que en la actualidad, una profusión de leyes que regulan hasta el comportamiento más nimio, un sistema represivo con tantos medios a su alcance, una extensión de la población reclusa o un control ideológico más fuerte en educación o en medios de comunicación. Sin embargo, la alegría con la que el mercado capitalista penetra al tiempo en los quehaceres diarios, la obediencia de las leyes al gran capital suponen que la coexistencia de un Estado tremendamente fuerte al servicio de una economía tremendamente invasiva no son en absoluto incompatibles. No deja de resultar curioso que en apoyo a la tesis de que gobierna el mercado y debería gobernar la política se esgrimen casos de las llamadas puertas giratorias, esto es, de políticos que salen de su cargo hacia la dirigencia de grandes grupos especulativos, pero rara vez se habla de la procedencia de esos políticos, que ya

provienen en su mayor parte del mundo afín a las grandes corporaciones. Es decir, no se trataría, como señalara en su día Bakunin, de que Capital y Estado sean realidades que chocan, sino que funcionan como caras de la misma moneda y pedir a una de ellas que ejerza de contrapeso frente a la otra es poco menos que ingenuo.

Con estos mimbres se construyó la oposición económica al Estado del anarquismo clásico y, si bien es cierto que resulta difícil encajar un discurso (y unas prácticas) que salte por encima del debate permitido entre privado-público, sería una interesante tarea del anarquismo, como propuesta radical, sobrepasar precisamente los márgenes que proponen para la discusión quienes andan enfrascados en el refuerzo del Estado.

Así, aunque el texto de Shannon y compañía expone (de manera sucinta) la cuestión de la propiedad de los medios de producción debatida entre las tres grandes corrientes del anarquismo (propiedad común en todo caso, con usufructo de los resultados de maneras diferentes), parece quedar fuera del análisis la introducción de un debate contemporáneo sobre el significado de lo público y sus posibles diferencias con lo estatal. Esto podría tener que ver con que en el momento en el que los clásicos anarquistas establecen

sus teorías, la distinción entre ambos conceptos es mucho más clara que en la actualidad, en la que el Estado ha conseguido articular en torno a sí un discurso que se apropia de lo público, a pesar de que ese concepto lleve aparejado la reglamentación y el acceso a su uso de manera absolutamente regulada por burócratas especialistas que no escapan de la lógica del capital.

Es por ello que el concepto de autogestión resulta central para entender la visión anarquista clásica de la economía, como una extensión de la visión que sobre la sociedad tienen las diferentes corrientes libertarias. En efecto, según se apunta en el texto que abre este trabajo, los anarquistas ponen en el centro de su discurso la libertad entendida como aquella capacidad de desarrollar la potencialidad de cada individuo no atendiendo a las órdenes dictadas de manera externa. Como consecuencia, la visión de la economía libertaria trata de acercar las decisiones sobre la producción y la distribución a los protagonistas de la misma, poniendo en manos de los productores las decisiones sobre la marcha de las unidades de producción. Este concepto de autogestión aparece, según Frank Mintz, de la mano de Bakunin y fue posteriormente elaborado en diferentes documentos y prácticas por el anarquismo y por el anarcosindicalismo, de

manera que se entendería que cada centro de producción tendría autonomía para la organización del trabajo (entendida esta como ritmos de trabajo, distribución de tareas, rotación de cargos, eliminación de grupos dedicados exclusivamente a la administración, etc.) y, en confluencia con otros centros de producción, para la decisión sobre el qué producir.

Las preocupaciones de Bakunin y demás socialistas por la alienación producida por el trabajo en régimen de capital, por medio de la cual los trabajadores se convierten en meras herramientas al servicio de la creación de productos sobre los cuales no solo no tienen control, sino que ni siquiera conocen (algo muy común en la economía actual), pondrían en marcha ese concepto autogestionario que tanto alcance tendría para el anarquismo posterior.

Como es lógico, los anarquistas han entendido la economía asociada a su concepto de federalismo, es decir, de unión libre y voluntaria desde la base. Es por ello que, frente a la economía globalizada, que solamente puede obedecer a la lógica del tráfico internacional de capital y que deja grandes territorios exentos de la posibilidad de mantenerse, situándolos como meras piezas en un mapa de recursos de las multinacionales, el mundo libertario propone la fijación

de los criterios de producción en el ámbito local, de manera que, sin despreciar posibles intercambios entre comunidades, debe quedar en manos de los diferentes grados de asociación el qué producir, el cómo e incluso el cuánto.

Y decimos el cuánto porque, de manera más o menos clara, el anarquismo ha pensado en una economía con planificación. Como sabemos que este concepto produce urticaria (y con razón) en mucha gente, trataremos brevemente de aclarar un par de cosas.

En primer lugar, la planificación es inherente a toda economía, si bien en grados diferentes. Todo plan estatal para favorecer alguno de los llamados sectores estratégicos supone una planificación, por ejemplo. En la política económica planificada por el Estado español tenemos ejemplo de sobra: fue planificación económica la reconversión industrial, lo fue la imposición de un modelo de transportes asociado a la alta velocidad, lo es el impulso constante a la industria del motor y lo es el empuje hacia el sector servicios dentro del régimen de autónomos que califican de hacerse emprendedor. Hay planes de producción y de dirección de la economía en el mundo liberal, si bien quedan camuflados para dar la impresión de que el mercado es quien regula de manera espontánea, pero dado que la acción político-económica no

es inocente, hablar de mano invisible es tomar el pelo al personal.

Por otro lado, a nadie se le escapa que economía planificada nos remite a los países autodenominados socialistas (capitalismo de Estado, lo llamará el anarquismo), a su rigidez dirigida por burócratas, a la escasez y a un mundo gris y temible.

Sin embargo, el concepto de planificación descentralizada asociado al anarquismo, poco tiene que ver con miembros de un Partido encerrados en un despacho y manejando cifras para competir con el capitalismo, obligando a la gente a consumir lo que dictan los parámetros del aparato político. Más bien se trata de poner la economía al servicio de las necesidades reales de las diferentes comunidades, que deciden sin intermediarios cuáles son estas. Cierto es que esto podría generar problemas en torno a cuál es el proceso de decisión de las necesidades, sobre todo si mantenemos una mentalidad de capitalismo de consumo. Es decir, resulta sencillo que alguien decida tener una casa y la construya junto a 5 vecinas, pero resulta altamente improbable que, sin llegar a un acuerdo que englobe a casi toda la comunidad, se puedan desarrollar artículos de consumo asociados al uso de alta tecnología, por ejemplo.

Y es que este es otro de los asuntos que en el texto de Shannon, Nocella y Asimakopoulos no se toca. Una de las preocupaciones del anarquismo, no tanto del clásico como del contemporáneo, es el límite de la producción tecnológica. Al tratarse de un tema bastante polémico dentro del campo libertario, baste apuntar aquí que las preocupaciones por la tecnología y su implementación están bastante lejos del optimismo tecnológico de un Kropotkin. Si bien es bastante reducido el sector de quienes proponen la destrucción de toda herramienta tecnológica y la vuelta a una especie de estado natural, no es menos cierto que el anarquismo ha asumido que, una vez creada, la tecnociencia asume un papel en la configuración social (sobre cuál sea ese papel hay bastante debate, por supuesto). Quiere esto decir que la mayor parte del anarquismo actual somete a crítica a la tecnociencia entendiendo que esta se ha planteado desde el capitalismo con rasgos religiosos, o lo que es lo mismo, como un hecho ante el cual solamente quedaría la posibilidad de adaptarse a ella y no de ponerle límites. Se trataría de un discurso teleológico que asume que ninguna sociedad podría renunciar a lo posible en tecnología, como si eso representase un imposible retroceso. En esta línea hay un anarquismo muy crítico con todo lo que tenga que ver con el desarrollo tecnológico

y otro anarquismo que realiza una crítica al fenómeno tecnocientífico, pero sin olvidar el espacio sociopolítico en el que se inserta.

En todo caso, estas preocupaciones entroncan con la necesidad que plantean los anarquistas de un modelo productivo cercano a la comunidad y que se inserte en el medioambiente que rodea a los seres humanos. Entendiendo que el ecologismo medioambientalista (aquel que se plantea la conservación del entorno dentro de la producción capitalista) es insuficiente para dar cuenta de la destrucción de la Tierra como elemento insertado en la ideología capitalista de aprovechamiento de los recursos naturales tratados como meros recursos materiales, el anarquismo, desde hace ya bastantes décadas, ha tratado de formular una crítica económica y unas propuestas no solo respetuosas con el entorno natural, sino tendentes a considerar al ser humano como parte del medio, no como una entidad que se relaciona con el mismo a través exclusivamente de su dominio y aprovechamiento.

Estas ideas fuerza del antiestatismo, autogestión, planificación asociada a la comunidad, economía local, crítica a la tecnología como entidad abstracta y cierto ecologismo (con todas las precauciones con las que se pueda tomar tal

término) podrían resultar cercanas a propuestas sociales de nuevo cuño, entre las cuales estarían las teorías del decrecimiento o la economía participativa (más conocida como parecon), pero, como apuntan los autores del texto introductorio, la relación es más bien débil si se consideran algunos elementos esenciales del anarquismo, entre los cuales cabe destacar la supresión de la propiedad privada y su carácter revolucionario anticapitalista.

En efecto, al pensar de buena parte del movimiento anarquista (término que usamos con cierto riesgo, cierto es), las propuestas del decrecimiento (al menos en las formulaciones de Latouche y afines) dejan en pie el sistema de relación entre Estado y sociedad, al reclamar un control de la actividad económica desde el ámbito político, algo que, como ya hemos señalado, sería rechazado en última instancia, al atribuir al aparato de opresión por excelencia la posibilidad de contribuir a la merma de esa opresión. Además, el mantenimiento del sistema de propiedad privada de los medios de producción alejaría del componente socialista (se llame así o no) del anarquismo.

En cuanto a las parecon, parecería más sensato hablar de influencia de las ideas libertarias en el desarrollo de estos planteamientos que de una permeabilidad en el anarquismo

de un conjunto de ideas que se muestran contradictorias con el paradigma clásico revolucionario de lo libertario. Si se entiende el anarquismo como una propuesta revolucionaria (y parece más que sensato hacerlo así), no parece que las propuestas de Albert y compañía rompan totalmente con la relación capital-trabajo, si bien recogen elementos libertarios que suavizan tal relación.

Por tanto, lograr configurar un espacio discursivo propio del anarquismo en cuanto a la economía es algo que ofrece determinadas dificultades, más allá de las que señalábamos al principio, pues, como movimiento revolucionario se halla a veces determinado por un enfrentamiento entre los planteamientos maximalistas y los logros o experiencias que se puedan poner en marcha en un contexto capitalista. Si bien es cierto que en los últimos años se han multiplicado las experiencias autogestionarias llevadas a cabo con espíritu libertario, parece faltar a todas luces una elaboración teórica global. Posiblemente tal elaboración no requiera de la minuciosidad del mítico Concepto confederal del Comunismo Libertario elaborado por la CNT (1936), ni de El comunismo libertario, de Isaac Puente, ni tan siquiera de las magnas obras de Abraham Guillén (Economía libertaria o Socialismo libertario), obras que trataban de planear una

sociedad futura de manera detallada, pero sí que se requiera desde el campo anarquista una reflexión que profundice en los conceptos heredados del bagaje teórico inmenso anterior y los ponga en diálogo con el mundo del siglo XXI y las sucesivas experiencias y aportaciones que, aun de manera fragmentaria, no ha dejado de hacer el mundo libertario. Si nuestra pequeña contribución espolea en ese sentido, habremos cumplido nuestro objetivo.

Este libro se imprimió en los talleres de Imprenta de Diego en Vallecas durante el mes de julio de 2015.